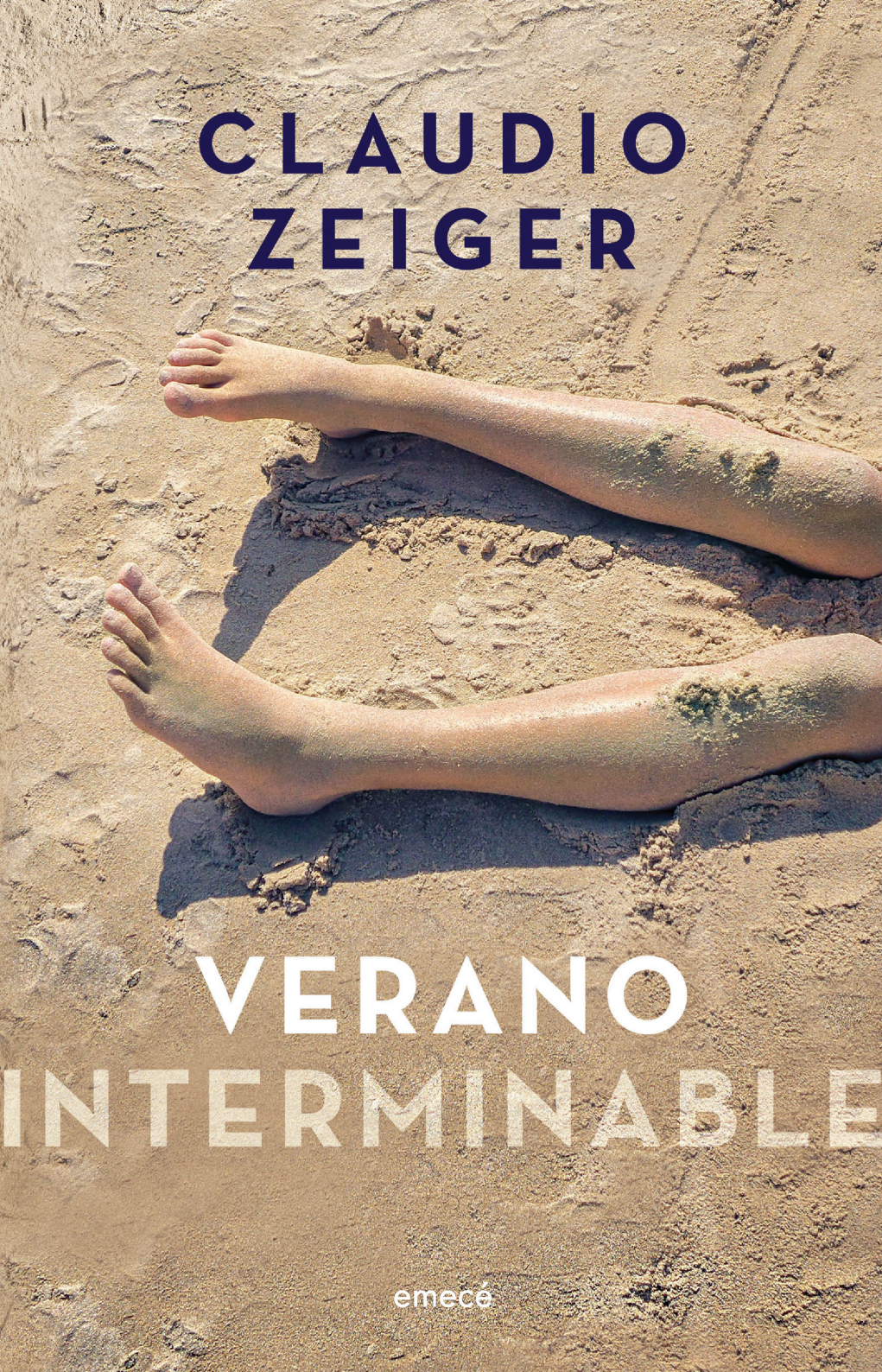




CLAUDIO
ZEIGER

VERANO
INTERMINABLE

emecé

Claudio Zeiger

Verano interminable



emecé
cruz del sur

Lucía y el mar

—¡Leer a Freud también es autoayuda!

Gritó y pegó el portazo. El rancho —el más alto y estrecho del pueblito de la costa uruguaya— tembló un momento y luego recuperó su inmutable fragilidad.

Así era Lucía. Y esta es la historia de algunas de las frases célebres y tirabombas que me fue arrojando a la cara desde que nos conocimos hasta que nos desconocimos. O dejamos de vernos. O nos volvemos a ver.

Desde ya, esa frase inicial fue el típico colofón de las discusiones o peleas, que eran el pan y el vino de nuestra relación una vez que pasamos la etapa de las almas gemelas que se encontraron sin buscarse. Digamos: los primeros dos o tres meses.

Hoy, a la distancia, si se lo contara a un amigo

nuevo en una ronda nocturna de tragos o si se la quisiera transmitir a un millennial avisado, la describiría como la típica chica de fines de los 80 principios de los 90, con algo de Cyndi Lauper, Thelma y Louise, la chica de *Corazón satánico* en su parte más sexual, o mujer de cuento de Tama Janowitz para los más entendidos. Pero no, no es así, no exactamente.

Más bien representaba los restos de los años 60 en las décadas posteriores, eso que conocimos en libros y películas. Algo lógico, por otra parte, porque en mi imaginario era una persona hecha de libros y películas y porque yo creía que su forma de ser, su aire de otra época, era lo único rescatable de una década que previsiblemente odiábamos a los veinte años. ¿Por qué nuestros padres, los padres de nuestros amigos, novios y novias, y los adultos que nos rodeaban no portaban ni un mínimo indicio de esos glorificados años 60? ¿Por qué ninguno había ido al Di Tella, ni propugnaba el amor libre? ¿Por qué ni siquiera se psicoanalizaban, ni conocían a mi amado Freud, cuya lectura me había obsesionado al punto de llevarme al rancho uruguayo los *Tres ensayos*

de teoría sexual, que provocaron esa reacción airada de su parte?

Era más mi sabatiana Alejandra que mi cortazariana Maga. Dos mujeres de las que Lucía no terminaba de abominar, sobre todo de la Maga. Creo que Alejandra le parecía una loca desatada y *Sobre héroes y tumbas* era un poco demodé para su veta moderna, que la tenía, y le gustaría pensar que algo del repentismo de la chica de *Rayuela* persistía en ella. Ya no era, en nuestro tiempo, una «muchacha» sino una chica. Me daba vergüenza decirle «mi compañera» pero con Lucía teníamos algo de camaradas. Y el único resto de «muchacha» todavía flotaba como un perfume lírico en el nombre que los padres no le habían puesto por la canción de Serrat sino porque era el segundo nombre de su abuela Paula.

Nos conocimos en una fiesta rarísima en una casona de Belgrano a donde llegué a través de mi amigo A, futuro juez, el único juez justo que conocí en mi vida, al menos en persona. Él estaba empezando a estudiar derecho. Fuimos a dar a esa fiesta en una casona algo decadente y llena de pibas y pibes difusos pero todos hijos de padres más o

menos garcas, salvo A y yo. Lucía era otra de las desubicadas. Nunca me dijo cómo llegó hasta ahí y creo que ni ella lo sabía exactamente. No era aspirante a abogada ni a jueza, pero tampoco a escritora y artista como yo y alguno que otro. Había otra chica, Irene, a la que A perseguía. Yo quedé pronto aislado en la fiesta. Estaba en un rincón parado al lado de una estatuilla de mármol —supongo—, era fría y desabrida. Pero su imagen me tenía obsesionado bajo los efectos de un porro al que le había dado unas breves caladas. Ella se acercó sin que yo la viera venir. Me besó y se presentó.

—Hola, soy Lucía.

Algo movilizó en mí de inmediato. Le iba a hacer una perorata sobre la estatuilla pero intuitivamente callé, acentuando mi estampa de tímido o indiferente.

Vuela este cuento para ti, Lucía.

«Las heridas de guerra también se curan».

Dijo después de arrojarme un cenicero de Cinzano que se estrelló contra la puerta corrediza que separaba la cocina de la sala en un departamento inhabitable de la calle Yatay. La sala estaba alfombrada. La alfombra era verde y por debajo de la puerta vaivén una vez vi pasar una laucha que insistió, durante un larguísimo combate nocturno, en quedarse del lado de adentro. Lucía no. En esa época iba y venía. Ya no vivía con la familia de cierta posición. Ocupaba un departamento alquilado en Flores, pasando las vías del tren, una planta baja inundable que quedaba cerca del Tío Fritz, algo que le levantaba la autoestima al barrio y a nuestra petite bohème.

Volviendo a Yatay: el cenicero contenía yerba mojada. Como la alfombra era verde y descolorida,

despareja como una cancha de fútbol del ascenso, no hubo mayor enchastre y tampoco me impactó de lleno.

Yo, que ya había entrado en mi etapa autorreivindicatoria, melanco y sensible y maricona, reaccioné como si me hubiera tirado con un cenicero de vidrio y me lo hubiera encajado en pleno rostro.

«Me tratás como a un trapo de piso», articulé.

Ya no eran días para reconciliarnos en la cama.

Bajando un cambio limpió los restos del cenicero, se entretuvo armando un bolsito que la acompañaba a todas partes y mucho después dijo esa frase y así se enterró el episodio.

La frase estaba destinada, es de creer, a minimizar los hechos, a darles un aura de cotidianeidad con una pizca de ternura, como la madre que le dice al nene llorón bueno, bueno, no es para tanto, más que nada para calmarlo y tranquilizar-se ella misma. Pero no quiero dejar de reflexionar sobre la amplitud emocional de la frase, que equiparaba nuestra relación o sus restos, la vida en general y las miserias de los vecinos del edificio de Yatay en particular, a una guerra. Hablaba también de la guerra real. Tenía un hermano que

se había hecho militar y ella no pudo soportarlo. Se fue distanciando de ese hermano y aunque él nunca fue a la guerra, algo de ese belicismo colado de manera medio absurda en su vida se metió también entre nosotros. Y también es posible que exagere esta parte de la historia porque con el tiempo el hermano milico se fue haciendo un chiste de risa gruesa. Podría quedar como una manera de aludir a todo lo que nos había tocado en suerte desde el caserón de Belgrano hasta el fin de nuestros momentos: días y noches de amor y de guerra, diría Galeano (a quien leíamos a escondidas uno del otro para evitar cualquier devolución burlona). Heridas.

Éramos unos desamparados, pero no quiero insistir con ese tono autocomplaciente típico de esa etapa de mi vida que hoy detesto hasta por demás. Pero heridas, sí.

«Leer a Freud está bien, pero hay que insertarlo en una matriz más social».

Dijo, y levantó su copa de vino blanco.

Ya habían pasado unos cuantos años por encima y por los costados de nosotros dos. Lucía derivaba por la psicología social, los grupos de terapia, el Bancadero, el sufridero y los primeros atisbos de salitas asistenciales en las villas. El país se iba viniendo abajo más pronunciadamente que antes, eso era palpable, y yo estaba sumergido a pleno en mi etapa escéptica y también cínica, aunque del cinismo me curé de golpe a raíz de un episodio que contaré en otra oportunidad.

La copa de vino blanco le daba, de todas maneras, un aire extrañado a nuestra conversación. Como si fuera ajeno. Como si el restaurante Rio Rhin, que pronto iba a cerrar, fuese una mezcla

de terracita francesa y carpa beduina. Como si yo fuera un poeta modernista mal llevado, un tipo sin apellido, como Rubén Darío, o Gerardo Diego, o Juan Gabriel.

¿Y ella?

La miré.

Lucía estaba hermosa, densa, copiosa, esa noche, perfectamente compatible con una copa de vino blanco y un hielo transparente en el centro del corazón. La iba viendo crecer, desarrollarse, con la distancia exacta de los vaivenes de nuestra relación, de nuestro amor cada vez menos físico y más mental. Esa noche, sin embargo, irrumpió lo físico, pero como una perfecta deriva de la plenitud. Pensé que ese cuerpo había llegado al límite de sus posibilidades, de su tersura, de su miel en piel. Fue un espejismo o un reflejo verídico que duró un buen rato para luego recobrar un aceptable realismo: estaba muy linda, centrada, parecía menos exaltada que lo que solía estarlo en nuestros encuentros.

Dije algo estúpido pero que no tenía rastros ni de escepticismo ni de cinismo hacia eso que difusamente apuntaba su frase: lo social.

Y creo que en algo debo haberla desencantado.
Como si hubiera pensado: no maduras tanto.
Frase que no dijo.